

MARROQUÍES EN CATALUÑA. ESTRATEGIAS SELECTIVAS DE INTEGRACIÓN: LA GRAN CIUDAD, LOS NÚCLEOS INDUSTRIALES Y LOS MUNICIPIOS MENORES

Gabino Ponce Herrero
José Ramón Valero Escandell
Salvador Palazón Ferrando

Dpto. Geografía Humana
Universidad de Alicante

RESUMEN

El presente artículo traza una aproximación cualitativa a una Geografía Social de los marroquíes en Cataluña. En primer lugar se presenta una síntesis de los resultados de la encuesta efectuada y a continuación el estudio de las situaciones y espacios vividos por estos inmigrantes.

Palabras clave: Cataluña, inmigrantes, método cualitativo, Geografía Social.

ABSTRACT

The present paper reflects a qualitative approach to Social Geography of immigrants who come from Morocco in Catalonia. First, it is shown a synthesis of research results and, secondly, the study of situations and spaces lived by these immigrants.

Key words: Catalonia, immigrants, qualitative method, Social Geography.

Entre octubre de 1991 y mayo de 1993 se realizaron 120 encuestas entre los inmigrados marroquíes en los municipios catalanes que se relacionan en esta investigación, como base

de un análisis más amplio que abarcaba la España Mediterránea¹. Fruto de esa labor fueron unos riquísimos trabajos de campo, en los que los encuestadores, a la vez autores, reflejaron sus vivencias junto a las de los inmigrados. Tales aspectos, con experiencias de primera mano, han servido para elaborar la presente aportación, en la que se pretende trazar una aproximación subrayadamente cualitativa a una Geografía Social de los marroquíes en Cataluña. Se abre el estudio con una síntesis de los resultados de dicha encuesta, para entrar de lleno después en las situaciones y los espacios vividos por estos inmigrantes.

1. EL ANÁLISIS SOCIO-DEMOGRÁFICO

a) Perfil socio-demográfico de la inmigración marroquí en Cataluña

La inmigración marroquí en Cataluña es un fenómeno reciente en el tiempo; la mayoría de los inmigrantes marroquíes ha llegado a esta región con posterioridad a 1985. Este hecho condiciona que la estructura por edad del colectivo inmigrante presente un claro predominio de los adultos jóvenes (20-39 años), es decir individuos en edad de incorporarse al mercado laboral, ya que el carácter temprano de la corriente migratoria todavía no ha permitido la creación o la reagrupación de familias en suelo español en número suficiente como para que la presencia de jóvenes menores de 20 años sea relevante.

Respecto al sexo, se da una primacía de los varones. La escasa presencia femenina está relacionada tanto con casos de reagrupación familiar como con trabajadoras. La débil presencia que aún tiene la mujer marroquí en esta corriente migratoria está ligado fundamentalmente a las características intrínsecas de la sociedad musulmana donde la mujer aparece subordinada al hombre, y su movilidad está restringida por las decisiones del padre o del marido; aunque también cuenta como causa las dificultades que las marroquíes tienen para encontrar un empleo en España, pues en el sector donde más posibilidades de trabajo tienen las inmigrantes extranjeras, el servicio doméstico, la competencia de las latinoamericanas (dominicanas o peruanas) y las asiáticas (filipinas) es demasiado fuerte. Por otra parte, las duras condiciones de vida por las que deben pasar inicialmente los inmigrantes marroquíes también pueden ser motivo para retrasar la emigración femenina individual.

Los inmigrantes marroquíes encuestados en Cataluña proceden en su mayoría de ciudades de la zona norte de su país (Nador, Al-hoceima, Oujda, Larache, Tetuán, Tánger, etc.). Varias son las causas que pueden explicar la mayor presencia de inmigrantes de esta zona de Marruecos: por una parte, se trata de la zona incluida en el antiguo Protectorado español, donde la influencia cultural española todavía se deja sentir, máxime si se tiene en cuenta que la proximidad de la Península permite captar las emisiones de radio y televisión españolas que difunden una imagen de España muy distinta de la que encuentran; por otra, la cercanía de Ceuta y Melilla también es importante, pues la entrada en estas ciudades suele servir de trampolín para pasar a la Península; sin descartar que la escasa distancia que separa España de Marruecos ha incentivado a grupos de inmigrantes a cruzar el Estrecho en las llamadas «pateras» y a intentar entrar de forma ilegal en España tras arribar a algún punto de la costa

1 Gozávez Pérez, V., Dir., *Inmigrantes marroquíes y senegaleses en la España Mediterránea*, Valencia, Generalitat Valenciana, 1995, 442 pp.

gaditana; por último, en localidades costeras norteafricanas y en connivencia con las tripulaciones, algunos marroquíes se enrolan como falsos marineros en barcos pesqueros españoles, o se esconden en sus bodegas con la intención de desembarcar clandestinamente en cualquier puerto español.

b) Condicionantes a ambos lados del Mediterráneo

La emigración marroquí es una emigración fundamentalmente de tipo económico. La mayoría de los inmigrantes marroquíes encuestados en Cataluña declara que en el momento de emigrar se hallaban en paro o tenían un empleo mal remunerado, y en ocasiones ni tan siquiera percibían un salario pues trabajaban como ayuda familiar en los negocios o empresas paternas.

La búsqueda en Europa de un empleo mejor remunerado que les garantice unas condiciones de vida dignas es el objetivo final de estos inmigrantes. En este sentido, las restricciones a la inmigración impuestas por los destinos europeos tradicionales (como es el caso de Francia) han determinado un rápido cambio en la dirección del flujo magrebí, de hecho más del 80% de los inmigrantes marroquíes encuestados en Cataluña eligieron España como primer destino en su periplo migratorio. La «cadena migratoria» viene entonces a desempeñar un papel determinante pues tres de cada cuatro inmigrantes marroquíes declaran que en España ya tenían familiares o amigos que les han ayudado de distinta forma (con informaciones generales o particulares, facilitándoles el dinero del viaje, el alojamiento o un empleo); hasta tal punto, que la mitad de los inmigrantes marroquíes encuestados afirman que esta presencia ha sido la causa de su emigración y de la elección de España como destino, anteponiéndola incluso a cuestiones de tipo laboral.

c) La inmigración marroquí como fuerza de trabajo

El mercado laboral catalán ofrece al inmigrante marroquí una oferta restringida consistente en aquellos empleos que son rechazados por la población autóctona debido a las duras condiciones laborales o a los bajos salarios pagados; además, en la mayoría de los casos se trata de empleos temporales en condiciones precarias, que a veces se realizan incluso sin contrato laboral de ningún tipo, aprovechándose el empresario de la situación irregular que presenta el inmigrante. En este sentido, el carácter urbano e industrial de Cataluña permite a algunos marroquíes encontrar empleo más o menos estable en las escalones inferiores de la construcción (los llamados «paletas») y la hostelería (pinche de cocina o camarero), así como en el turno de noche de algunas industrias de la alimentación (caso de los mataderos). En el sector agrícola la precariedad en el empleo es mucho mayor y como la posibilidad de empleo masivo en este sector se restringe al momento de la cosecha el resultado ha sido la constitución de verdaderos circuitos migratorios, donde grupos de inmigrantes marroquíes se desplazan de las comarcas vitivinícolas catalanas a las cítrícolas valencianas y/o a las frutícolas leridanas aprovechando las distintas fechas de maduración y recolección; las ventajas que ofrecen estos inmigrantes marroquíes a los empresarios agrícolas se concretan en su disposición a soportar jornadas laborales mucho más largas y una remuneración más baja que la mano de obra local.

d) Nuevas tendencias de la corriente migratoria

En los próximos años asistiremos, tal y como ya ha ocurrido en Francia, a un incremento de la reagrupación familiar, de acuerdo con las características que muestra el colectivo inmigrante marroquí en Cataluña (varones y adultos jóvenes) y las enormes posibilidades de que esta inmigración adquiera carácter permanente e incluso definitivo —la mayoría de los inmigrantes marroquíes encuestados tienen intención de permanecer en el país por un periodo superior a cinco años y la mitad no desean regresar a su país—. Este fenómeno, favorecido por las autoridades comunitarias al mismo tiempo que se restringe mediante contingentes la inmigración espontánea procedente de los países menos desarrollados, alterará sustancialmente la estructura socio-demográfica del colectivo inmigrante marroquí, al aumentar la presencia de mujeres y jóvenes, de acuerdo con el deseo expresado por los *inmigrantes marroquíes casados de traer a España a su familia directa (esposa e hijos)* si todavía no lo han hecho, mientras que entre los solteros hay una elevada proporción que se plantea volver a Marruecos para contraer matrimonio y después regresar a España con su esposa.

2. LOS INMIGRANTES MARROQUÍES EN LA GRAN CIUDAD

En Barcelona encuestamos a un significativo número de personas con una variada gama de situaciones personales. Por una parte, aproximadamente la mitad de las encuestas se realizaron en los pasillos del C.I.T.E. en CC.OO. (Vía Layetana y en Plaza de España), de forma que las personas detectadas contaban con un perfil característico de trabajadores en activo o que habían trabajado hacía poco, todos con algún problema laboral que resolver por el que acudían a ese organismo. En su mayor parte eran varones, casados, con edades muy variadas (desde el adolescente que cursaba algún curso de capacitación profesional, como informática, hasta el jubilado que intentaba resolver su jubilación) y con frecuencia ya con bastantes años de permanencia en España, de forma que conocían bien el idioma y habían trabajado en varios sitios; en buena parte poseían contratos laborales y accedían al C.I.T.E. para resolver aspectos relacionados con esa actividad laboral. Su nivel cultural nos pareció en general más elevado que los que abordamos por la calle. Buena parte de ellos, por esa situación laboral más o menos estable, habían conseguido el reagrupamiento familiar y convivían en Barcelona con su mujer e hijos, algunos de ellos nacidos en Cataluña.

Se trata de una serie de personas a la que no puede definirse como «colectivo», dado que sus situaciones personales presentan una enorme variedad —desde el tramoyista de un teatro del Paralelo en trámites de jubilación, que accedió a ese trabajo todavía en época colonial, hasta el atleta incorporado a un club deportivo barcelonés por sus excelentes registros, con una beca de estudios, que intentaba hacer valer su presencia física en la ciudad para obtener permisos estables de residencia y trabajo, pasando por diferentes profesiones ligadas a la pesca, al comercio marítimo y también a la industria—. En general, aceptaron extrañados responder a nuestros requerimientos, dando por supuesto que ellos no tenían problema alguno diferente al del resto de trabajadores españoles. Puede afirmarse en definitiva que disfrutaban de un notable grado de integración socio-laboral y que sus conductas pasaban inadvertidas en el seno de la gran ciudad. De hecho, de su actitud se deducía una clara voluntad de pasar inadvertidos.

El grupo de personas que abordamos directamente en la calle, en bares o plazas, vivían siempre cerca de los lugares donde realizábamos la encuesta (Barrio Chino y Arrabal, Calles Escudellers, del Carme, Puerta Ferrisa, parte baja de la Rambla, Arc del Teatre), en todos los casos áreas urbanas de manifiesta degradación física y social, que acogen a otros colectivos sociales marginales (prostitución, droga, etc.) y a una población original muy envejecida y de bajo poder adquisitivo. Esos barrios se encuentran en la actualidad bajo la amenaza de la piqueta, están siendo derruidos y sustituidos por espacios vacíos y, en sus márgenes, junto a las principales arterias que los circundan, comienzan a surgir viviendas de nueva planta. En todo el perímetro de esos barrios es común ver gente por la calle a cualquier hora, mal vestida y ociosa, y se «huele» la degradación (orines y vómitos). Preguntado un policía nacional, manifestó que «moros aquí hay por todas partes y son ellos los que mandan».

Pese a la degradación física de los edificios, los alquileres que pagan por las infraviviendas que ocupan nos parecieron elevados, dadas las características. Se trata de barrios donde la mayoría de las viviendas están vacías, abandonadas desde hace tiempo y, algunas, con evidente amenaza de ruina. En esos lugares, hemos visitado algunas casas ocupadas por inmigrados, que vivían prácticamente en lo que era, en su tiempo, el hueco de la escalera de acceso a los pisos superiores y un pequeño patio de luces. Una de esas viviendas contaba con unos 20 m², repartidos entre un estrecho pasillo, que hacía las veces de cocina y comedor, el hueco de la escalera principal (antigua despensa) donde dormían dos inmigrados y una estancia de unos 9 m² dividida en dos por un altillo, donde se hacinaban 4 inmigrados más. La vivienda no contaba con ninguna apertura ni al exterior ni a patio, de forma que era completamente oscura, insalubre, húmeda y siniestra. Por ella pagaban 30.000 pts mensuales.

Las condiciones de vida de estos inmigrados son peores en la gran ciudad que en las urbes de tamaño medio y pequeño. Aquí, el control policial se siente más de cerca, y con frecuencia es una amenaza constante que hace que muchos de ellos vivan escondidos en esas casas, por miedo de salir a la calle y ser detenidos al estar en situación ilegal. Comprobamos el caso de un marroquí que llevaba más de 4 meses sin salir por miedo a ser repatriado. Un inmigrante, con 11 años de permanencia en Cataluña, nos informó que, pese a tener sus papeles en regla, con frecuencia es detenido por la policía (a veces sometido a vejaciones y malos tratos) hasta que logra identificarse y justificar el dinero o el traje que lleva. El mismo ha sentido evidentes muestras de xenofobia en Barcelona, manifestadas por insultos directos, desprecios y hasta prohibiciones de entrar en algunos locales. Con todo, consideran que el rechazo es más grave en el caso de los negros, de forma que sienten que por debajo de ellos hay todavía un colectivo en peor situación.

Este mismo individuo y otros entrevistados después, manifestaron la existencia de un racismo de Estado, evidenciado en la imposición de todas las trabas burocráticas posibles a sus tramitaciones de solicitud de certificados de residencia y/o permisos de trabajo; comentaban que es práctica común no avisarles de que tienen su permiso de residencia hasta el mismo día en que este caduca, por lo que se ven imposibilitados para tramitar uno nuevo y caen de un día para otro en la ilegalidad. Con esa práctica, si tienen trabajo lo pierden y si deben cobrar despidos o subsidios de desempleo quedan sin derecho a percibirlos.

Otro colectivo detectado es el que participa de una vida mucho más irregular y marginal. Al hablar con ellos han manifestado abiertamente que para vivir «se buscaban la vida», especificando a continuación que se dedicaban a trapichear con comercio ilegal, venta de

hachís, pequeños hurtos (radiocassetes), etc., y que ocasionalmente desempeñaban trabajos circunstanciales de uno o varios días, como descargar cajas en los mercados, de paletas (albañil) por unos días, y jornaleros en los campos para la recolección por algunos días (manzana en Gerona, cítricos en Castellón) para regresar luego siempre a Barcelona, donde tienen su hábitat ideal.

Buena parte de ellos manifestaron que estaban ya fichados por la policía, por antiguos hurtos o por no tener papeles en el momento de la detención, lo que inmediatamente les daba antecedentes penales y hacía prácticamente imposible su posterior «regularización».

Un problema común en buena parte de los inmigrados mayores de 25 años es que están casados y sus esposas e hijos siguen residiendo en Marruecos. Pese a tener los papeles en regla, contratos de trabajo y permisos de residencia, manifestaron que la nueva Ley de Extranjería les impedían reagrupar a la familia.

3. LA BÚSQUEDA DE INTEGRACIÓN EN LAS CIUDADES MEDIAS INDUSTRIALES

Manresa es una importante ciudad industrial, corazón de una comarca —el Bagès— de notable dedicación fabril —minería, piel, textil— y con notable dinámica en el subsector de la construcción. Esas ramas industriales, unidos a una destacada agricultura orientada hacia la ganadería (para carne y leche), son los principales atractivos que la ciudad y la comarca en conjunto ejercen sobre los inmigrantes marroquíes.

Rubí, en el Vallés Occidental, es un núcleo menor pero también con destacado peso fabril y en la construcción, al quedar bajo el área de influencia de la ciudad de Barcelona y servir de área de implantación fabril por descongestión del abigarrado Baix Llobregat colindante.

a) Los colectivos de inmigrados

De acuerdo con la información facilitada por un antiguo inmigrado marroquí, ahora delegado sindical de CC.OO. en Manresa, el Padrón de 1991 recoge la presencia de 319 marroquíes en situación regular. El mismo informador (especialmente cualificado porque a esa función sindical une la de ayudar y facilitar información prácticamente a todo el colectivo marroquí en Manresa) señala que en la ciudad deben vivir aproximadamente 1.300 marroquíes en su conjunto.

Entre los magrebíes, el motivo de la elección de esta ciudad determinada parece ser la abundancia de trabajo ofertada por los sectores económicos apuntados, al menos en años pasados ya que hoy la situación es sensiblemente diferente. Los primeros trabajadores marroquíes llegaron en los años 1960, unos 8 ó 10 que hoy se hallan perfectamente integrados en la comunidad y constituyen el apoyo fundamental, y a veces el motor de atracción, de los nuevos inmigrantes. Los «viejos inmigrantes» casados (en alguna ocasión con españolas) y con hijos residentes o que han nacido en la propia ciudad, cuentan con una situación social, familiar y económica muy estable (algunos han montado bares que sirven de lugar de reunión y punto de información para el resto de los marroquíes).

El resto de los marroquíes han llegado aquí, según confiesan, porque les sonaba este lugar como punto donde podían encontrar trabajo (difusión oral de las informaciones entre inmigrantes y familiares y amigos) y «se pasaron a ver», con motivo de algún desplazamien-

to desde otro lugar donde estaban antes inmigrados hacia su país, o han venido directamente desde Marruecos atraídos por la información enviada por amigos y/o familiares. En este sentido, dos aspectos son responsables del reciente incremento de inmigrantes en esta ciudad —desmesurado en relación con las oportunidades que brinda—, aspectos por otra parte generalizables para toda Cataluña, como son, en unos casos, el rumor de una próxima «regularización», que ha atraído a un importante colectivo directamente desde Marruecos y, en otros casos, la carencia de trabajo en otros puntos de Cataluña, así como los despidos, e incluso cierta persecución policial y marginación social, más patentes en las grandes ciudades y en el litoral turístico, han empujado a buena parte de los inmigrantes que ya estaban en Cataluña a abandonar el litoral, y «refugiarse» en el interior, en una ciudad pequeña, donde manifiestan sentirse más tranquilos y seguros, y donde encuentran apoyo en el colectivo asentado de «viejos inmigrantes» marroquíes.

En Rubí, las estimaciones de los encuestados señalan la presencia de un mínimo de 250 marroquíes y un máximo de 300, de los que aproximadamente el 80% cuentan con una situación más o menos regulada, lo cual puede querer decir simplemente, como hemos comprobado, que han rellenado las hojas del Padrón de Habitantes de marzo de 1991. Existe, como en Manresa, un colectivo de inmigrados de edades adultas, que conviven ya con sus esposas e hijos, y otro más reciente de nuevos inmigrados, en su mayoría jóvenes.

Puede por ello hablarse de dos colectivos diferenciados de inmigrantes marroquíes en Manresa y Rubí: los antiguos, que forman familias plenamente integradas en esos municipios, con edades por encima de los 40 años, con esposa e hijos que siguen estudios en la ciudad, hablan catalán y sienten los mismos gustos que los demás chicos catalanes, familias que han accedido a la titularidad de la vivienda en la que residen, por lo normal casas del casco antiguo o pisos para obreros; y los nuevos inmigrantes, llegados en el curso de los dos o tres últimos años, varones jóvenes (pocos por encima de los 30 años de edad), solteros o casados sin sus familias (su mujer e hijos residen invariablemente en Marruecos), en su inmensa mayoría en situación irregular, lo que se manifiesta en el temor que padecen a ser detenidos y deportados, así como en la aceptación de trabajos muy poco remunerados e inestables.

Este último colectivo, por sus hábitos más enfrentados a los de la población autóctona, propios por otra parte de jóvenes desplazados y liberados de férreos controles paternos, y en algún caso aislado dentro del ámbito de la ilegalidad, son los que más experimentan una cierta xenofobia que se manifiesta en la prohibición de entrar en algún bar o en la imposibilidad de encontrar viviendas en alquiler.

b) Las condiciones de vida

En Manresa, los inmigrados recientes suponen aproximadamente un millar, que malvive en viejas casas alquiladas del casco antiguo, algunas de las cuales se han derrumbado con motivo de lluvias importantes, y en general con escasas condiciones de habitabilidad. En algunos casos llegan a pagar hasta 3.000 pts a la semana por una casa que han de compartir con 8 ó 10 compatriotas, aunque alquileres normales para esas infraviviendas rondan las 8.000 y 10.000 pts por persona y mes (si se tiene en cuenta el elevado nivel de hacinamiento, los propietarios de las casas se han encontrado de golpe con un rentable negocio por el que perciben entre 50.000 y 100.000 pts/mes por casas abandonadas e inservibles).

En Rubí, en una vieja torre (chalé) ubicada junto a un polígono industrial, con un pequeño patio, dos alturas y unos 100 m² en total, conviven 57 marroquíes, esto es, la cuarta parte de la colonia en el municipio, circunstancia que merece la descripción que se acompaña. El aspecto es el de una inmensa chabola, con trastos viejos amontonados por doquier, barracones adosados que sirven de dormitorios, presencia invariable de ropa tendida (de 57 personas) por multitud de cables que atraviesan el pequeño patio que da acceso a la casa. Se trata, en definitiva, de una infravivienda, sin condiciones de salubridad y con alto índice de hacinamiento, por la que pagan 300.000 pts al mes: cada uno paga una cantidad variable de acuerdo con el confort de la dependencia que ocupa, así mientras unos pocos duermen en verdaderos dormitorios, siempre en número elevado de ocupantes, los más desfavorecidos se conforman con ocupar el resto de las dependencias y los hay que, por ser recién llegados y/o no tener trabajo, no pagan vivienda, quedando relegados a dormir durante el día en las camas que abandonan los que trabajan, o también en la noche sobre improvisados colchones fabricados con retales de goma-espuma, que distribuyen por toda la casa, como la pequeña cocina-comedor, que sirve también para dormitorio (los que la ocupan han de esperar a que terminen los usos culinarios de todo el mundo para poder despejar los trastos que sirven de mobiliario y tenderse sobre el suelo).

No existe ningún lazo comunitario entre ellos, salvo el de la distribución del precio del alquiler. Se encuentran agrupados en pequeños colectivos para hacer la colada o la comida, e incluso para buscar trabajo, pero lo común es que cada uno haga lo que le plazca sin contar con nadie. El Ayuntamiento de Rubí tiene constancia de este hecho y ha previsto darle solución mediante la adquisición de varias viviendas por el casco urbano que sirvan de morada más adecuada. No obstante, los inmigrados señalan que llevan años esperando esas soluciones que nunca llegan.

Existe cierta solidaridad entre amigos y familiares, no tanto entre compatriotas, que permite a algunos parados o recién desplazados poder vivir en casa de marroquíes establecidos. Si alguno de los ocupantes de una vivienda alquilada atraviesa dificultades económicas (que en sus casos siempre son serias) es común que sean mantenidos por los demás ocupantes de la vivienda. Es normal entre los recién llegados vivir hacinados en las peores condiciones de salubridad, a fin de aminorar los gastos. Después, si encuentran trabajo mejorarán sus viviendas. Existe entre el colectivo de inmigrados un marroquí que se encarga de alojar a los recién llegados y de cobrar los alquileres, que son de carácter semanal por exigencia de los propietarios, que aseguran de esa manera el cobro ante la inestabilidad laboral y los frecuentes desplazamientos de ese colectivo de jóvenes de unos a otros lugares en busca de trabajo.

Es común que los alquileres se hagan por contrato oral, dado que ninguno de los propietarios declara esas ganancias a Hacienda, lo cual repercute doblemente en sentido adverso para los inquilinos, ya que, por una parte se encuentran desprovisto de cualquier garantía de estabilidad en la vivienda y/o en su precio y, por otra parte, no pueden solicitar permisos de residencia dado que, sin contratos de arrendamiento, no pueden acreditar de ninguna manera que residen en esos municipios. De todas formas, ante la negativa de muchos vecinos a alquilar viviendas a marroquíes, las reivindicaciones contractuales en los alquileres se han rebajado o son mínimas, al tiempo que el precio de los mismos se ha elevado.

En general, se observa en la inmensa mayoría de los encuestados una profunda decepción por lo que han encontrado en España, frente a lo que imaginaban que podían encontrar.

c) El trabajo

Existe también en este aspecto una apreciable diferenciación entre los viejos y los nuevos inmigrados. Los primeros, con mucho más rodaje laboral, han ido diversificando sus empleos y accediendo a puestos más seguros y mejor remunerados, estables y regulados por contrato. Por el contrario, el aluvión de nuevos inmigrantes es el que padece las peores y más injustas situaciones laborales. Entre los «viejos» inmigrados hemos encontrado propietarios de pequeños bares, trabajadores del textil, empleados municipales (recogida basura) y ocupados del mantenimiento de un club deportivo. En todos los casos trabajos estables, regulados e indefinidos temporalmente. Entre los «nuevos» inmigrados lo más común es el empleo precario, por tiempo limitado (contratos por meses: 3, 6 y en muy pocas ocasiones por 1 año) e incluso el empleo por jornadas o semanas, en la inmensa mayoría de los casos sin ningún tipo de contrato.

El empleo mayoritario se da en el subsector de la construcción, donde la mano de obra poco remunerada, sumisa y sin pretensiones de ningún tipo es aceptada de muy buen grado por pequeños y medianos empresarios. No obstante, en algunos casos son rechazados de entrada por los empresarios, que han experimentado ciertos problemas cuando, después de mucho tiempo trabajando, los inmigrados apuntan la posibilidad de obtener alguna reivindicación salarial y, especialmente, cuando solicitan contrato para regular su situación y tener acceso así a la Seguridad Social y al subsidio de desempleo.

La situación de indefensión en una profesión de notable riesgo laboral como es la construcción, así como las «recomendaciones» de los empresarios, ha llevado a muchos de los marroquíes a obtener la licencia de «autónomo», con la que aseguran, cuando menos, la asistencia sanitaria y liberan de esa carga fiscal al contratante. Los sueldos medios de los empleados en la construcción oscilan entre las 60.000 y 70.000 pts/mes y algunos, a base de horas extraordinarias y trabajos especializados, como los chapadores de azulejos, alcanzan las 100.000 pts/mes. Menos son los empleados en industrias textiles y significativo el número de los que encuentran trabajo en la hostelería, como camareros y ayudantes de cocina (eufemismo que quiere decir mozo para la limpieza) en pequeños bares y restaurantes de carretera, así como en el Matadero Municipal, que parece haber sido puesto de trabajo inicial de bastantes inmigrados, que lo han abandonado después por su incomodidad, nocturnidad y baja remuneración.

La abundancia de mano de obra ha resucitado una práctica de reclutamiento propia de otras épocas, como es la concentración de marroquíes a primeras horas de la mañana en determinados lugares (plazas y bares) a los que acceden los empresarios, en su mayor parte pequeños contratistas de obra y agricultores en momentos de recolección o tareas agrícolas intensas, para contratar por ese día a los trabajadores que estiman oportunos.

No obstante, la mayoría no trabaja con continuidad y muchos de ellos no han encontrado trabajo en los últimos meses, de forma que las pequeñas ganancias de alguna temporada laboral se esfuma con prontitud en períodos prolongados de paro. A ello debe apuntarse la escasez de los ahorros con que cuentan en España, dado que buena parte de ellos son remitidos a Marruecos para mantener a la familia.

El desconocimiento del idioma y la precariedad de su situación legal les lleva a admitir cualquier situación laboral, con la esperanza de demostrar mediante el trabajo esforzado y bien hecho que son merecedores de un contrato laboral; esperanza que pocas veces llega a

cumplirse y con frecuencia son pasto de desaprensivos, que no sólo les pagan salarios de miseria sino que, además, les hacen promesas siempre incumplidas y se los quitan de encima en cuanto empiezan a ser molestos sin ningún tipo de compensación. Así, algunos han caído en manos de gestores y abogados que les exprimen económicamente por la simple cumplimentación y tramitación de solicitudes, lo que ha empujado a un número cada vez mayor a buscar ayuda en los sindicatos, mediante el C.I.T.E. y CC.OO., aunque son todavía muchos los que desconocen estos organismos y desconfían de acercarse a cualquier edificio u organismo con apariencia «oficial», siquiera al Ayuntamiento.

d) El comportamiento social

Los viejos inmigrados, plenamente integrados con sus familias en la sociedad manresana, llevan unos hábitos de vida similares a los de los autóctonos en todos los aspectos. No obstante, son los responsables del asociacionismo incipiente entre los marroquíes, especialmente en lo referente al tema religioso. Con esposa e hijos en Manresa, quieren que sus descendientes mantengan algunas prácticas y costumbres propias de Marruecos, especialmente las religiosas. Así, han organizado una colectividad para establecer una pequeña mezquita (ubicada en una vieja casa del casco antiguo) y contratar los servicios de un «hombre de religión» —un imán— que además de los servicios religiosos enseñe el Corán a sus hijos. Esta mezquita es frecuentada por personas mayores acompañadas de niños de hasta 13 ó 14 años, pero son pocos los jóvenes por encima de esas edades que las frecuentan. En efecto, los jóvenes —en su mayoría recién inmigrados— manifiestan menos inclinaciones religiosas y se han dejado tentar más por las distracciones de la vida europea; así es común verlos en bares, en tertulias en la calle, o en otros lugares de ocio.

En general se consideran maltratados por una sociedad en la que habían depositado sus ilusiones y, junto a ello, algunas actitudes discriminatorias reales, les han llevado a sentirse verdaderamente perseguidos y despreciados por los españoles, manifestando con frecuencia el acoso racista que sienten, a veces fruto de una verdadera xenofobia, y las más de las veces como resultado de injusticias laborales, de las que no escapan el resto de los trabajadores españoles.

4. LA MAYOR ASIMILACIÓN EN LOS PUEBLOS Y CIUDADES PEQUEÑOS

La encuesta se difundió también por municipios pequeños de las comarcas del sur de Girona —Arbúcies, Breda, Santa Coloma de Farners, Lloret y Blanes— y en Calella, ámbitos en los que destaca de manera especial la imagen de un colectivo de hombres solos. Se trata de ámbitos donde alcanza gran desarrollo una agricultura de invernaderos y pequeños huertos, junto con una notable dedicación turística en el litoral. La situación específica de estas comarcas, con una agricultura de régimen intensivo, poco mecanizada, con escasez de jornaleros, que padece una crisis estructural, hacen necesaria la presencia de la mano de obra barata suministrada por la inmigración ilegal para mantener las rentabilidades mínimas. El mismo fenómeno se da en muchos pequeños talleres de confección textil, donde los inmigrados realizan trabajos poco remunerados y con escasas exigencias laborales, que posibilitan, por su bajo coste, la propia viabilidad de las empresas, abocadas de otra manera al cierre, en opinión de los propios empresarios.

La integración en el grupo formado en España les ayuda a sobrevivir aquí. Les ampara en los momentos de dificultad y les facilita la vida mucho más que la sociedad exterior, que suele recelar ante ellos. Se crea así la solidaridad necesaria ante los problemas generados por la ilegalidad o el desempleo. Casi imperceptiblemente, sus relaciones sociales se circunscriben casi siempre al grupo en el que viven y, en todo caso, al círculo de compatriotas establecidos en la zona o en comarcas próximas.

Aunque algunos se alojaron en pensiones los primeros días, la mayoría reside en viviendas alquiladas, compartida con varios paisanos. Incluso aquellos que proceden de la misma familia nuclear suelen compartir casa con otra gente, para tratar de sobrellevar mejor unos alquileres considerados excesivamente gravosos. En realidad, suelen ser las casas en alquiler más baratas de la zona, aunque a ellos siempre les parece descabellado el precio, algo lógico si consideramos sus bajos ingresos; a veces, el casero no está dispuesto a alquilarla a ellos y otras veces, dicen, se les cobra más que a otras personas. En general, las viviendas suelen ser viejas, necesitadas de una rehabilitación profunda, casi siempre viejos caserones burgueses de hace mucho tiempo o viviendas baratas construidas en los años cincuenta y sesenta para acoger a los primeros inmigrantes; casi siempre de baja calidad, el frío, las goteras, los desconchados y otros defectos dibujan un ambiente desolador. Aunque se quejan del precio y del estado de la vivienda, casi nunca protestan por compartir vivienda, ni siquiera del hacinamiento al que se ven obligados para tratar de hacer más llevadero el pago del alquiler.

Casi siempre, la mayoría de los magrebíes de la localidad están localizados en una misma zona o en unas pocas calles; en ocasiones, en los pueblos grandes, las concentraciones numerosas de inmigrantes (no sólo magrebíes) acaban expulsando del área, o al menos del bloque de pisos, a la población autóctona o a los primeros inmigrantes de origen peninsular. Es normal que las viviendas —baratas, de hombres solos, deterioradas— acaben presentando un aspecto aún más descuidado, con poca aireación, débil iluminación y cierta suciedad; algunos propietarios comentan que quien les alquila una casa luego se gasta el dinero en repararla.

Casi todas las casas, como corresponde a la pobreza en que viven, cuentan con escasos muebles, viejos o de baja calidad; también es escaso y modesto el menaje de cocina. Aunque carezcan de lo más imprescindible, siempre existe un televisor que preside el cuarto de estar. Aquellos que tienen la suerte de poseer coche, casi siempre muy viejo, es porque les resulta imprescindible para su trabajo. Su nivel de vida, en el mejor de los casos, coincide con el de un obrero modestísimo.

La pobreza está íntimamente relacionada con los bajos salarios (ningún entrevistado superaba las 100.000 mensuales) y la fuerte precarización del empleo. Es común la queja de que antes carecían de papeles pero tenían trabajo y ahora, con todos los requisitos en regla, no lo tienen. Las altísimas tasas de desempleo son soportadas gracias a la solidaridad interna, pese a vivirse en todos los casos por debajo del umbral de la pobreza, porque casi siempre se carece del derecho a la protección social. Resulta paradójico que sean mayoría los que afirman que responde a sus expectativas, la mitad aproximadamente lamenta las condiciones de vida en que se encuentra; suelen aceptar de mala gana la discriminación laboral o retributiva respecto a ellos, máxime cuando son numerosos los que afirman no haber llegado a España atraídos por motivaciones económicas, afirmando que ellos poseían trabajo en su país.

La situación de marginalidad, motivada como se ha expuesto por el hecho de vivir

prácticamente aislados y por las condiciones de pobreza en que se mueven, se completa con el irremediable desempeño de todo tipo de trabajos irregulares y ocasionales, cambiando frecuentemente de empleo, en oficios que nada tienen que ver con los desempeñados en su país de origen. No existe entre ellos ningún empleador ni trabajador cualificado. Cuando se cuenta con cierta estabilidad laboral, son frecuentes los casos en los que se ven obligados a desempeñar permanentemente el turno de noche, o a trabajar más horas de las estipuladas o, como mal menor, no cobrarlas como extraordinarias.

a) El trabajo

La práctica totalidad de marroquíes en estos pueblos ha trabajado en su país antes de emigrar a España. La mayoría de ellos —en contra de la idea generalmente asumida— en entornos urbanos y en actividades no agrarias, generalmente en servicios, pero también muchos en industrias, a veces de carácter artesanal, casi siempre en funciones de escasa cualificación. Se trataba muchas veces de un trabajo escasamente regulado, al menos si nos ajustamos a la normativa habitual en España.

También sus ocupaciones en estos pueblos suelen caracterizarse por la no regulación o por su escasa atracción para la población activa autóctona. El trabajo ocasional como jornaleros agrarios o empleados forestales, la dedicación a los fogones o de pinche en la cocina de algunos bares y restaurantes, la limpieza domiciliaria o pública, la construcción y la pesca en algunos barcos técnicamente desfasados de escasa rentabilidad económica son sus actividades principales. En algunas industrias es común contratarlos para realizar los turnos de noche. Algunos se quejan de que anteriormente carecían de papeles en regla pero era fácil acceder al empleo, mientras que tras la «regularización» les resulta casi imposible conseguir trabajo; algunos patronos tienen ahora miedo de emplearlos ilegalmente por miedo a poder ser sancionados, aunque ya son varios los que conciertan algún seguro privado ante la eventualidad de algún posible accidente.

En su mayor parte encuentran trabajo en tareas agrícolas y viven hacinados en casas sin condiciones que les alquilan los dueños de las tierras donde ocasionalmente trabajan, soportando horarios excesivos (hasta 10 horas al día), sin contratos y poco remunerados. Es común que su vivienda, al estar ligada a la explotación agrícola, se halle alejada de las ciudades, lo que ha obligado a prácticamente la totalidad a obtener un permiso de circulación de ciclomotores y a «obtener» una moto vieja, de pequeña cilindrada (en alguna ocasión, esos «papeles de la moto» son esgrimidos ingenuamente por los propios inmigrados como prueba de su regularización).

De cualquier modo, hoy son mayoría aquellos empleados legalmente, pero casi todos lo hacen con contrato laboral, más por desconfianza hacia ellos que por necesidad empresarial, máxime cuando resultaría difícil sustituirlos por trabajadores autóctonos. A veces, la «regularización» se hizo a posteriori, meses después de estar trabajando, ante el conocimiento de cualquier sanción ante casos similares. Casi nadie posee contratos superiores al año.

Guardan una fuerte fidelidad a sus empleadores: nadie ha cambiado de lugar de trabajo ni de empleador mientras han desempeñado el mismo oficio. Con el simple hecho de contar con un empleo parecen considerarse felices. En general, los que llegaron antes a España son quienes más fácilmente encuentran trabajo, posiblemente porque conocen mejor el entorno y tienen más contacto. Resulta curioso que los de mayor nivel académico encuentren más

dificultades para trabajar; es posible que sea por sus superiores exigencias, o porque han sido los últimos en llegar; en todo caso es evidente que, a la hora de contratarles, no se tienen en cuenta sus capacidades personales.

b) La búsqueda del equilibrio entre asimilación e integración

La mayoría de los magrebíes entrevistados sólo conoce España como espacio migratorio, no proceden de otros países a los que anteriormente hayan emigrado. Más aún, ninguno contaba con familiares en otros países. Se trata de una emigración dirigida desde el norte de Marruecos hacia Cataluña, donde varios (los primeros en llegar) vivieron en un primer momento —nunca antes de mediados de los ochenta— en la vecina comarca barcelonesa del Maresme; el resto, han llegado expresamente a estas tierras y desconocen absolutamente cualquier otra zona española.

En su vida diaria, son muchas las dificultades que deben afrontar. Una de ellas es debida a la complejidad del entramado administrativo que les afecta: permisos de residencia, contratos de trabajo, empadronamiento, regularización en ciertos casos... constituyen una maraña legal ante la que no siempre han contado con asesoramiento. Todos afirman que en general han sido bien tratados por los funcionarios, aunque a veces esto signifique únicamente que no ha existido un trato degradante.

En contra de lo que solía pensarse hasta hace unos años, nadie citaba como causa de su elección de España como lugar de emigración la facilidad de entrada al país; incluso algunos, desconfiados, mentían en algunas preguntas por temor a estar dialogando con alguien inconveniente; otros, deseosos de regresar a Marruecos para reencontrarse con los suyos, no se atreven a hacerlo por miedo a que luego les sea imposible regresar. De cualquier modo, una de las razones de su asentamiento en algunas poblaciones del litoral era que, siendo zonas turísticas de gran trasiego de gente, les resultaba más fácil pasar inadvertidos.

No parece que existan trabas para la asistencia sanitaria; por el contrario, algunos ayuntamientos están muy sensibilizados en todo lo referente a vacunaciones, revisiones, planificación familiar o hábitos alimenticios. En algún centro de salud, como el de Sant Hilari Sacalm, se tomó la medida de cobrarles 500 ptas por consulta, para evitar excesos, pero se demostró una medida totalmente infundada. El único problema grave es la comunicación con el médico, porque muchos a veces suelen contestar afirmativamente a las preguntas, tratando de complacer al facultativo pero sin entender nada; personalmente, hube de asesorar a un marroquí aquejado de dolor de muelas, con fuerte inflamación, que no terminaba de entender la posología de unas pastillas.

Tampoco hay grandes problemas a la hora de acceder a un puesto escolar; ni siquiera es requisito imprescindible la residencia legal de la familia, según manifestaron algunos de ellos y algunos españoles en contacto con ellos, aunque a los que respondieron a la entrevista no les afectaba el asunto. No existen, hasta ahora, problemas graves de integración de los hijos de estos inmigrantes en las aulas, aunque suelen rendir escasamente debido a su menor dominio de la lengua y a la escasa motivación y ambiente cultural en el seno de su familia.

La lengua es, pues, uno de sus mayores problemas para integrarse en la vida de los pueblos en que residen. Casi todos utilizan como lengua de contacto el castellano, del que poseen un conocimiento sencillo, poco profundo; el que mejor lo hablaba era el de mayor

edad, que asistió a la escuela en la época del Protectorado. También suelen entender algo de catalán y, curiosamente, el periódico que más manejan era *El Punt Diari* de Girona, precisamente por las ofertas de empleo que publica; al margen de este diario no vimos ninguna otra publicación en castellano o catalán en la vivienda de ninguno de ellos. Los que se atreven a leer en nuestra lengua lo hacen con manifiesta dificultad. El seguimiento continuado de la programación televisiva no parece ayudarles en exceso a conocer el idioma; tampoco ninguno de los entrevistados había asistido a cursos para extranjeros, al contrario que los inmigrantes de color de la misma zona.

Pese a no acudir a cursos de idiomas, la mayoría cree que el ascenso social debe venir por la enseñanza, por lo que algunos estarían dispuestos a seguir algún curso de formación profesional, con clara preferencia hacia aquellos que parecen ofrecer mayores posibilidades de empleos dignos en su país, con lo que sentimentalmente siguen demostrando un cierto deseo de retorno, si las condiciones en que lo hiciesen fuesen las idóneas. De cualquier forma, algunos manifiestan no necesitar curso alguno porque entienden estar laboralmente bien capacitados y otros, que anteriormente acudieron a cursos de este tipo incentivados con un cierto compromiso ambiguo de trabajo estable, se sienten defraudados.

No es muy bajo el nivel cultural de este colectivo. Obviando la cuestión de si la calidad educativa es homologable o no a la española, según el Censo de 1991, de los diez marroquíes avecindados en Breda —todos varones de 20 a 36 años, llegados entre 1983 y 1990— sólo uno carecía de estudios y dos contaban únicamente con estudios primarios, posiblemente estudios coránicos y nada más; el resto tenía el nivel equivalente a la primaria completa o al bachillerato, incluso uno de ellos (que residía en un chaletito de clase media venido a menos) era diplomado.

La integración suele facilitarse con el dominio de la lengua (ya hemos visto que era muy deficiente) y el nivel de vida (que también hemos visto se mantiene casi siempre por debajo del umbral de pobreza). La precariedad conduce directamente a la marginalidad y esta precariedad se acentúa con el hecho de que muchos reducen aún más su nivel de consumo para tratar de enviar algunas pesetas a los suyos.

Aunque la integración resulte tan difícil, ya existen en la zona algunos casos de matrimonios mixtos, como me confirmaba un guardia municipal de Lloret cuya hija había casado con uno de ellos; en la mayoría de los casos, la integración se reduce a aspectos superficiales, como el saludo en la calle o entre vecinos; son los niños quienes, a través del contacto en la escuela, parecen tenerlo más fácil, hasta el punto de que los más jóvenes con los que conversamos poseían una mentalidad más cercana de sus convecinos españoles que de la cultura de procedencia. En cuanto a la integración a través de la pertenencia a asociaciones ciudadanas es poco menos que inexistente: sólo uno de los encuestados afirmaba pertenecer a un sindicato, y ello debido a los graves problemas laborales por los que estaba atravesando.

Un enemigo de la integración es la ilegalidad en la que muchos viven, puesto que genera temor, aislamiento, miedo a salir y, por tanto, reduce las posibilidades de hacer amigos o de aprender la lengua. El reagrupamiento familiar, aumentando las posibilidades de afincarse entre nosotros, ayudaría a la integración.

La integración, al menos a niveles superficiales, resulta mucho más fácil en las localidades menos populosas; supuestamente, gracias al mayor control que se ejerce sobre ellos; en Breda, un funcionario señalaba: «controlamos dónde se encuentran todos»; en realidad

sabían qué viviendas ocupaban, pero no alcanzaban a conocer la cantidad de personas que realmente residía en cada casa. La razón es fácil de explicar: una vez que son conscientes de que se conoce su situación, en caso de que no se apliquen medidas persecutorias, son mucho más libres para pasear, hablar con la gente, asistir a cursos o enviar a sus hijos a la escuela. Por el contrario, en las ciudades como Lloret, donde el colectivo es mucho más numeroso, se encuentran menos asentados, más enquistados en sí mismos, dedicados a actividades diferentes con un contacto menos continuado con el vecindario (vendedores ambulantes, empleados de discoteca), a veces incluso delictivas.

Aunque no se pueda hablar de xenofobia, porque esta relación entre inmigración y delincuencia sólo existe en determinados ámbitos turísticos como Lloret o Blanes, no se les tiene en gran consideración entre la población de la zona. No existe, es verdad, una abierta animadversión, e incluso existe conciencia social para tratar de evitar discriminaciones, pero se critica algunos defectos concretos, como pueda ser un desaliño excesivo o, entre la gente más pobre, el hecho de haber contribuido a elevar el precio de los alquileres. En los pequeños pueblos, la actitud del vecindario hacia ellos depende mucho de su imagen personal y del cuidado de su vivienda. En sus declaraciones, alguno de ellos se quejó de problemas para acceder a una discoteca o de que no se les sirviese en algún bar, pero ellos mismos reconocían que eran hechos aislados.

Ni han perdido el contacto con su patria, ni se sienten desvinculados del mundo que dejaron. Aunque no existe ningún contacto con su país a través de revistas o prensa, siguen escuchando las emisoras de su tierra. No sienten interés por la marcha general de su país y suelen manifestar que las cuestiones políticas no les preocupan, aunque luego sus quejas sobre el Magreb son de claro origen político, contra una estructura social que no les gusta. Tratan de estar al tanto de las cuestiones de su propio pueblo, de la gente concreta que dejaron allí; aunque las llamadas telefónicas son escasas, en gran medida debido al bajo índice de teléfonos particulares del Magreb, es todavía frecuente escribir cartas.

Otra forma de mantener el contacto son los viajes o el envío de dinero a sus familiares. Sólo algo menos de la mitad siguen enviando regularmente alguna cantidad, más del 25% de su exiguo salario en algún caso. En muchos casos, el contacto con el propio país se resiente cuando se sienten incapaces de aportar nada a su entorno familiar y a algunos de ellos les avergüenza reconocer que no lo hacen, o tratan de excusarse de alguna manera.

El contacto también se mantiene en la propia Cataluña, a través de la «infraestructura nacional» que han debido crearse para sobrevivir. Este grupo cerrado, de familiares y paisanos, les permite conservar la lengua, las costumbres y buena parte de la mentalidad de su patria. Así, no visten chilaba pero mantienen su religión, más en formas externas (no consumir cerdo o alcohol) que en fundamentalismos teológicos; consumen menos fruta y verdura que allí, pero conservan el té con hierbabuena.

El contacto con los magrebíes es mucho más extenso que el mantenido en la vivienda de residencia. Se mantienen ciertos puntos de contacto: algunos bares, alguna plaza; Santa Coloma de Farnés, uno de sus principales puntos de residencia, es un ejemplo de ello, en bares como Panxo y Stop o en la Plaça Firals. Los que se han trasladado desde el Maresme continúan manteniendo la amistad y el contacto más o menos periódico con los amigos que dejaron en aquella comarca.

Todos desean permanecer aquí durante el tiempo que les dejen o aguanten, no hay plazo para la partida. Y poco a poco, casi sin darse cuenta, parte de su visión del mundo se va

adaptando a su nuevo hábitat. El aislamiento en un mundo de «hombres solos» conserva su sentido de grupo, sus raíces magrebíes, pero daña el concepto de familia extensa que trajeron con ellos. Ya se sienten parte de un concepto de familia nuclear; cuando se les pregunta si desean traer consigo a su familia, responden siempre positivamente cuando se trata de un reagrupamiento con su esposa (entre los pobres no parece existir la poligamia) y sus hijos; pero el interés por incorporar a su nuevo mundo a sus padres o a sus hermanos decrece considerablemente. Los jóvenes, escasamente distinguibles de los catalanes de su edad, ya forman parte de una generación de transición.

5. CONCLUSIONES

Los inmigrados marroquíes en Cataluña despliegan hoy diversas estrategias para integrarse o asimilarse. Tales pautas de comportamiento tienen que ver con el tiempo de residencia en España, con la estabilidad de su situación familiar y laboral, con la edad del inmigrado, con la presencia o no de un grupo numeroso de compatriotas en la ciudad en que residen, e incluso con la propia idiosincrasia de cada persona. No obstante, algunas actitudes repetidas son las que siguen:

- Los inmigrados con más tiempo de residencia en Cataluña y con una notable estabilidad familiar y laboral, pasaron desde una primera etapa en la que el objetivo era lograr la asimilación (aprender catalán, abandonar costumbres y actitudes propias adoptando modos de vida europeos y hasta aspectos más banales como hacerse seguidor del Barça), hasta otra fase más reciente en la que han comenzado a valorar de nuevo sus propias costumbres y creencias y a ponerlas en práctica (clases de religión, seguimiento de tradiciones, asociacionismo, manifestaciones culturales étnicas, etc.), esto es, se busca ahora una integración, aunque matizada, ya que en la práctica la mayoría de sus usos y actitudes son los propios de las familias catalanas.

- Los inmigrados con poco tiempo de residencia siguen manifestando el deseo de asimilarse, de pasar inadvertidos. A ello contribuye su interés por «ser igual» que los demás y gozar de las mismas oportunidades; pero también influye su mayor juventud así como el mayor grado de liberación personal alcanzado al abandonar su país (estructuras familiares, sociales y políticas), circunstancias que les llevan a adoptar las prácticas de comportamiento propias de la juventud catalana.

Se observa la existencia de estrategias selectivas en los procesos de asimilación/integración, con un marcado carácter territorial. La gran ciudad sirve de refugio para muchos jóvenes en situación irregular, y aun para algunos con conductas marginales o delictivas. Esas circunstancias son las que propician un mayor control policial, al menos en apariencia, que las más de las veces se concreta en la insistente petición de «papeles» y en algunos registros, que padecen también inmigrantes «regularizados» y critican como muestra de xenofobia.

- Las ciudades medias industriales han sido durante mucho tiempo ámbito ideal para la asimilación de los marroquíes. La oferta laboral, su escasa presencia y una extendida conciencia de clase obrera propiciaron la asimilación. Hoy se ha roto el equilibrio entre oferta laboral y demanda de los inmigrantes; sin embargo siguen afluyendo en gran número atraídos por la imagen —ya heredada— de marroquíes establecidos y, también, huyendo de

ese control policial y de un mayor rechazo social que se dejan sentir en la gran ciudad y en el litoral turístico.

En los pueblos y en las ciudades pequeñas es donde los procesos de asimilación han sido más destacados, bien que debido al escaso número de marroquíes establecidos y, en muchos casos, a su hábitat disperso, en casas de labor por el medio rural.

En general, cuando el grupo humano es reducido y disperso busca la asimilación, y cuando crece comienza a revalorizar su sentimiento de grupo y a organizarse para demandar derechos y manifestar su idiosincrasia. Esto es, se camina hacia la integración.